

## ECOS

Aquella tarde debíamos tomar el autobús de regreso al pueblo. Habían pasado algunos días, algunos meses, algunos años: uno, dos, tres, cuatro, diez, veinte ... El viejo reloj de caoba marcaba las nueve de la mañana y el calendario, carcomido por el tiempo, una fecha inolvidable: 12 de mayo de 1962. Fecha imborrable aquélla: 12 de mayo de 1962. Hora: 9:00 a.m. Lugar: una pecera congestionada de pasajeros. Y en mitad del torbellino: una niña, una bata bordada, un anillo de oro, una valija pequeña...

Sí, debíamos volver al pueblo. Habíamos luchado día y noche por regresar aunque sólo fuese por unas horas, por unos días, por una última vez. Era necesario un reencuentro con las callejuelas pueblerinas, con el río que bordea la legendaria casona localizada en la Calle del Cuartel, cercana a la ermita. Era necesario un reencuentro con la playa azul-verdosa, con las plantaciones de tabaco, con el cielo caribeño, con los amigos estancados en el tiempo, con la niñez.

Al subir al autobús que nos conduciría finalmente al pueblo aletargado, soñoliento como un gran bostezo de la tierra, tropecé con la mirada inquisidora de unos ojos azules escondidos, torpemente, tras enormes y gruesos lentes oscuros.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo. Aquella enorme estructura de hierro comenzó a girar. Primero muy lentamente. Después con mayor velocidad. Finalmente entró desbocada en el torbellino de imágenes que había ido creciendo a mi alrededor hasta hacerme perder toda noción de realidad. Un sonido agudo e insistente me hirió los oídos. Regresé.

.....

Ring.... Ring.... Ring..... Ring.... ¿Quién será a estas horas de la noche?, pensé. Contesté sin prestar mucha atención:

— Sí. ¿Quién habla?

— Soy yo. Contestó una voz familiar al otro lado del hilo telefónico. ¿Sabes quién falleció?

— No. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Quién?

— X... La esposa de....., la mamá de...

— ¡X... falleció! ¡Claro que la recuerdo!

Allí estaban las dos amigas y compañeras de travesuras infantiles. Allí estaban detenidas en el tiempo, frente a frente. Los ojos de una en los de la otra. Sólo las separaban los cristales de la vieja pecera, las interminables filas de pasajeros listos para abordar la nave. Pronto se interpondría entre ellas el mar, la distancia, las promesas, el tiempo...

.....

- ¿Qué te pasa?. ¡Estás temblando!, comentó mi compañera de viaje. ¿Estás nerviosa porque vas a regresar al pueblo? ¡Tienes las manos muy frías!....

- ¿Yo?... ¿Las manos?... ¿Frías?... Fría la noche aquella del 31 de diciembre cuando Teresa se vio obligada a abandonar el país por sus actividades subversivas. Eso dijeron ellos. Fría la madrugada en que aparecieron muertos los tres galleguitos de la esquina. Fría, mucho más fría aun aquella imborrable mañana del 12 de mayo de 1962... ¿Has dicho frías? No lo creo. Por el contrario. He comenzado a sentir un calor agradable que me sube por los pies y va minando todo mi cuerpo.

El autobús emprendió la marcha lentamente. Recorrió con cautela los numerosos suburbios de la gran ciudad hasta llegar a la Carretera Central. ¡La Central! ¡Araña de miles patas que teje sus redes para conectar la gran ciudad con los numerosos pueblos del interior isleño!

Sentada tras el conductor volví a sentir sobre mis hombros el peso de las miradas azules escondidas torpemente tras los lentes oscuros. ¡Los lentes! Un nuevo estremecimiento recorrió todo mi cuerpo. ¡Los lentes! Otra vez el torbellino se acercaba. Un sonido agudo e insistente detuvo la marcha de la gigantesca estructura de hierro.

.....

Allí estaba la carta. Eran tiempos difíciles. Escaseaba la comida. Escaseaba la ropa. Los artículos de lujo habían desaparecido por completo. Son innecesarios, \_\_había proclamado la máxima autoridad\_\_. Las medicinas más elementales y los productos del aseo personal eran cosa del pasado. ¡Unos lentes para un chiquillo de apenas unos años! Bueno. Habría que conseguirlos a toda costa. Un compromiso moral me unía al niño.

Allí estaban las dos amigas y compañeras de travesuras infantiles. Frente a frente. Los ojos de una en los ojos de la otra. Entre ellas se interponía ahora el mar, unas cuartillas amarillentas, la noche, el olvido...

De pronto, todos los pasajeros se abalanzaron sobre mí. Era como una oleada de reproches, de odio, de rencor, que se acercaba lentamente. No me había fijado hasta entonces que todos aquellos hombres y mujeres y niños me miraban detenidamente tras montañas de lentes. Había lentes blancos, lentes grises, lentes pequeños, infantiles, lentes grandes, adultos, ancianos... Y ya no vi nada más. Aquellos cristales comenzaron a crecer y a envolverme con sus monturas y patas de variados tamaños, a cubrirme de colores y formas, a aplastarme. Sobre mi cabeza un desbocado torbellino de imágenes y muchas voces...

— ¡Hola! Me dijeron unos lentes diminutos cuando al fin pude zafarme de aquellos monstruosos tentáculos. Me llamo "Lentito". Soy muy pequeño. Y débil. Y enfermizo. ¿Sabes? No veo muy bien, por eso llevo lentes. ¿Quieres decirme hacia dónde vamos?

— ¿Yo?... bueno... Nosotros, ustedes...

— Psst, Psst\_ Dijeron unos enormes espejuelos oscuros, ancianos, carcomidos por el tiempo, interrumpiendo la conversación\_\_ Yo me llamo "Lentón". Soy adulto y viejo. Estoy débil y enfermizo. No veo muy bien. ¿Quieres decirme hacia dónde nos dirigimos?

— ¿Yo?... bueno... él... nosotros... ustedes... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Van a volverme loca! ¡No quiero que se burlen de mí! ¡Nos dirigimos al pueblo! ¡Al pueblo! Al p...u...e...b...l...oooo. ¿O es que ustedes, todos ustedes, son capaces de subirme a un autobús sin saber hacia dónde se dirigen?

— ¿Nosotros? JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA. ¿Crees tú que nosotros no sabemos? Gritaron a coro todos aquellos horribles monstruos que crecían y crecían y no dejaban de crecer para convertirse en cerros y cordilleras hasta hacer desaparecer el horizonte.

— ¿Ustedes no conocen el rumbo? \_\_ Volví a gritar. ¿Ustedes no ven? ¿No pueden ver? ¿Ver?, ¿Ver?, ¿Ver?....

—¡No, no podemos ver! Contestó un lente infantil.

—¡No, no podemos ver! Repitieron los lentes adultos.

—¡No, no podemos ver! Gritaban a coro los lentes ancianos.

—¡No, no podemos ver! ¡No, no podemos ver! ¡No, no podemos ver!... ¡Hace horas que no podemos ver! ¡Hace meses que no podemos ver!... ¡Hace años que no podemos ver! uno, dos, tres, cuatro, diez, veinte... ¡No podemos ver las casas! ¡No podemos ver las callejuelas! ¡No podemos ver los árboles ni la luna amarilla del cielo caribeño! ¡No podemos ver el mar!... ¡Y tú tienes la culpa! ¡TU ERES LA CULPABLE! Por eso vamos a matarte... ¡A matarte!

— ¡A matarme no! ¡A matarme no! ¿Por qué ustedes quieren matarme?

— ¿No quieres morir? ¡Eh! ¡Claro! ¡Nadie desea morir! Pero tú si quieres regresar al pueblo. ¿Verdad que quieres regresar? ¡Pero no quieres morir! ¿Se fijan amigos, ella no quiere morir? ¿Qué hacemos entonces?

De pronto, los ojos azules escondidos torpemente tras las gafas oscuras gritaron: ¡Ella no debe morir! Ja, Ja, Ja, Ella no debe morir! ¿Por qué no transformarla en uno de nosotros. Le sacaremos los ojos y le sembraremos lentes: lentes claros, oscuros,

blancos, azules; lentes infantiles, adultos, ancianos; lentes en las orejas, en las manos, en las rodillas, en la lengua, en los pies. Será un monstruo lentado. ¡Lente!, "Lentón", "Lentito", "Lentado", "Lentito" Lentón"...

— No. No. No. No. No. ¡Por favor! ¡Ayúdenme!

— Orejas-lentes, ¡Sí! Orejas-lentes, ¡No!

— Lengua-lentes, ¡No! Lengua-lentes, ¡Sí!

— Brazos-lentes, ¡Sí! Brazos-lentes, ¡No!

— Piernas-lentes, ¡No! Piernas-lentes, ¡Sí!

— Por favor, por favor, por favor, por favor. No quiero escuchar nada más. ¡Tengo que huir de estas voces! ¡Tengo que huir de aquí! ¡Tengo que huir!....

.....

Eran las ocho de la noche cuando el autobús llegó finalmente al pueblo. Fui la última en bajar a la estación. Con las manos temblorosas y el corazón sobresaltado por el miedo recogí mis pertenencias dispersas por la acera. Me acomodé distraídamente la falda. Me coloqué la cartera sobre el hombro. Tomé la valija con la mano derecha y comencé a caminar. Mis ojos buscaban la antigua callejuela que me conduciría a la lejanía casona localizada en la Calle del Cuartel, cercana a la ermita. Fue en ese momento cuando tropecé con unos ojos dulces, comprensivos, unos ojos grandes, unos ojos amigos, unos ojos

capaces de disipar para siempre los ecos escondidos, los ecos trashumantes...

Frente a frente estaban las dos amigas. Los ojos de una en los ojos de la otra. Las manos de una en las manos de la otra. Nada las separaba en aquel momento. Eran dos jóvenes frente al mar y a la distancia, que emprendían, de pronto, el camino a la niñez.

Por Estela García Cabrera